

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS ULTIMOS TIEMPOS MONÁRQUICOS

Quadros y retratos de Corte.--Algunos datos inéditos sobre

POR MELCHOR DE ALMAGRO



Las causas profundas del derrocamiento.

La revolución venía soterrando el país; pero el mundo oficial, entregado a sus luchas políticas y al hartazgo del Poder, ignoraba absolutamente el peligro. La España de la superficie desconocía a la España del subsuelo. Acostumbrada a vivir en la ficción de un régimen, no se daba cuenta de que estaba presto a entrar en la Historia de España un elemento nuevo: la opinión pública. Hasta las elecciones del domingo 12 de abril se había tutelado siempre al pueblo español como a un menor en cuyo nombre se administraba su patrimonio sin consultarle. De los poderes que según la Constitución del 78 compartían la soberanía: rey y pueblo, representado por las Cortes, sólo tenía efectividad el primero. Cuantas veleidades tuvo el segundo de levantar cabeza fueron dominadas, porque mientras el Poder real estaba organizado, el popular se encarnaba en partidos políticos fantasmales, sin tropa detrás, estados mayores que eran más bien clientelas.

El absurdo de concebir una soberanía (rey por la gracia de Dios y la Constitución) compartida (El Poder corresponde al rey con las Cortes), que es tanto como no ser soberanía, pues poder soberano quiere decir que no admite superior, tenía que conducir a que al fin uno de los dos se impusiera sobre el otro. Desde la restauración fué el monarca quien reinó y gobernó, unas veces dando la cara, otras bajo el signo de Cánovas, Sagasta, Maura, Silvela, etc. De las Cortes no salían los Gobiernos, sino al contrario, pues éstos creaban las Cortes a su imagen y semejanza, mientras que ellos, a su vez, eran designación del rey. Pero poco a poco, bajo tierra, calladamente, sin que le supiera el tutor, iba creciendo su pupilo.

Pablo Iglesias había echado las bases del partido obrero, que en 1931 contaba con muchos secuaces en el país; la institución libre, proyección de don Francisco Giner, había educado una nueva generación de profesores: muchos jóvenes completaron estudios en el extranjero. Mientras, la España oficial dormía. Síntomas claros, visibles, para quienes tuvieran los sentidos alerta eran las elecciones que se celebraron en los años próximamente anteriores al 31. En ellas, las grandes urbes, sacudiendo la imposición del encasillado, empezaban a sacar triunfantes candidatos combatidos por el Ministerio de la Gobernación. En ese período el Parlamento—Alfonso XIII lo ha dicho en una interviú, publicada en periódicos americanos, y en su célebre discurso de Córdoba—comienza a rechazar leyes que el monarca hubiese querido ver enmendadas. Eso no había ocurrido en tiempos de Cánovas y Sagasta. Yo no voy a discutir aquí si eran buenas o malas dichas leyes. Si tenían razón el rey o las Cortes; lo que me importa señalar es que ya estaban en pugna ambos poderes políticos, uno de los cuales había preva-

lecido sin discusión sobre el otro hasta entonces.

Don Alfonso, con la Dictadura, trató de reducir a su rival a la obediencia, sin conseguirlo. Por el contrario, la represión le dió más fuerzas. Entonces el Poder real, acobardándose ante el enemigo, capituló aparentemente y arrojó del Gobierno a la Dictadura, pero sin decidirse tampoco con franqueza a consultar en Cortes constituyentes esa opinión pública que había crecido y pedía su declaración de mayoría. Ni se atrevía el rey a defender el principio monárquico absoluto a cara descubierta, ni osaba tampoco entregarse a la libre opinión del pueblo, en limpio régimen constitucional y parlamentario.

En ese momento de dudas y vacilaciones se produjeron las elecciones municipales del 12 de abril, que aturdidamente convocó el Gobierno de Aznar.

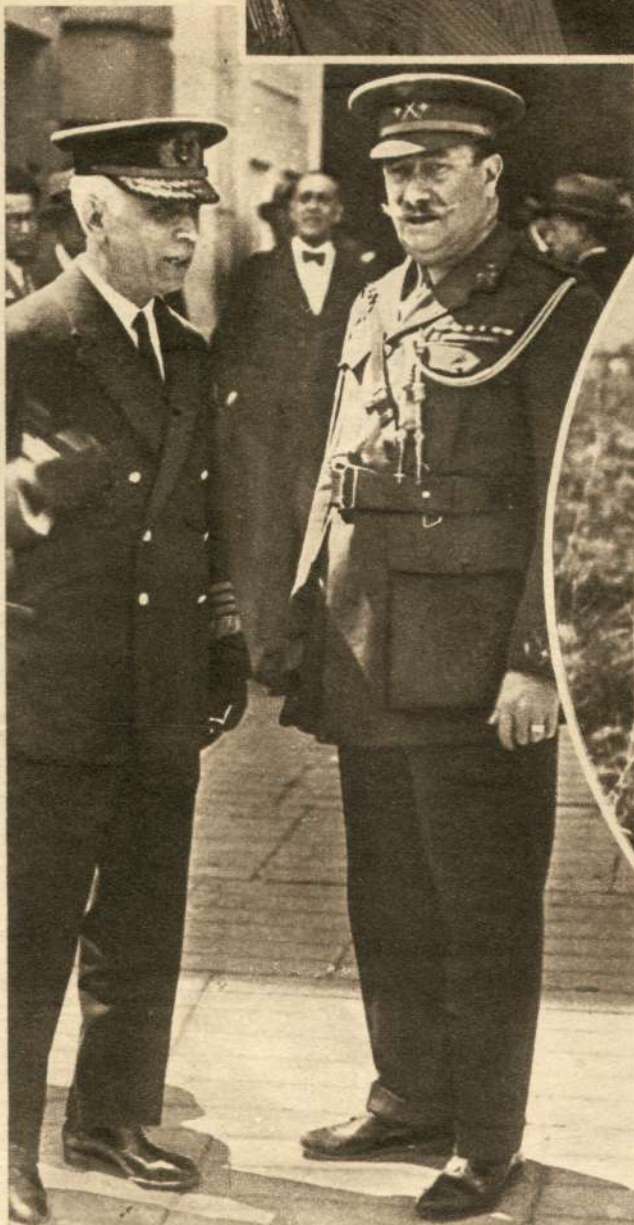
Todas las torpezas de la política personal del rey, puestas en evidencia por los partidos revolucionarios, concitaron contra él no sólo a los republicanos y socialistas, sino también a una gran masa neutra de votantes que antes dejaba hacer, sin intervenir, como no fuera en crítica de cafés. Enemigos personales del rey, de los muchos que su conducta fernandina le había granjeado, partidarios de la República, adversarios del capitalismo, los vejados por la Dictadura, la juventud que no encontró sitio en las preferencias de la corona, los intelectuales desdeñados, los descontentos de todo el que ha mandado, se juntaron en un haz que comulgaba en la idea central de abatir a don Alfonso XIII. Frente al bloque hostil no pudo el rey alinear más que algunas derechas extremas y restos de los antiguos partidos monárquicos, deshechos por Primo de Rivera, que acudían a la batalla sin organizaciones, sin tinglado electoral y, lo que es peor, sin moral ninguna, vencidos en sus propias conciencias antes de combatir.

Don Alfonso y el restringido grupo de sus adláteres no se daban cuenta de la gravedad de la situación. Creían que aquellas elecciones serían una anécdota más en la historia política de España. Un poco de sangre fría, juego pícaro de cubiletes, suspensión de Garantías, si hacía falta; quizá una crisis..., y a otra cosa. Sin embargo, las elecciones del 12 de abril no sólo habían de señalar el predominio del pueblo sobre el rey, sino que registrarían un hecho para mí aún más importante que el nacimiento de la segunda República: la mayoría de edad del pueblo español. En adelante, para ir a la izquierda o a la derecha, habría que contar con la opinión pública. España tenía ya el pulso de que carecía el 98. Cuando don Alfonso despidió a Primo de Rivera, quiso dar la sensación de que se volvía a la normalidad liberal; pero, en verdad, no soltó las riendas.

Nombró jefe del Ministerio, primero a Berenguer, que desempeñaba cargo palatino, y después al almirante Aznar, otro

Don Alfonso y el conde de Romanones, presidente del Consejo de ministros en 1913

El ex rey presidiendo un Consejo de ministros en Palacio, el año 1915 (Foto Marín)



(Fotos Marín y Vidal)

El general Berenguer, último ministro de la Guerra de la monarquía, al salir de Palacio en la tarde del 14 de abril



